

La batalla es simbólica

Uso de la historia en la confrontación política actual

El uso de la historia, especialmente de los héroes nacionales, para la constitución de un proyecto político-ideológico no es nuevo, ni fenómeno exclusivamente venezolano. En realidad es éste un recurso bastante usado en diferentes contextos nacionales y épocas, pero ello no exime de una mirada crítica sobre el fenómeno, especialmente cuando el mismo está conformándose de forma decidida en Venezuela. Tal vez como nunca antes se ha masificado una visión interesada, desde el poder, sobre la historia. En ese antes, por ejemplo en las épocas de Guzmán Blanco (fines del siglo XIX) o de Gómez (inicios del siglo XX), sí hubo expresiones claras en esa línea, pero entonces no existían los medios masivos de ahora, ni en décadas recientes se había dado un uso tan intensivo del espacio radioeléctrico para la transmisión del discurso presidencial, tal como lo hemos vivido en los últimos años

■ Andrés Cañizález

De la simple observación directa deduje que estábamos participando de una guerra de símbolos; que ya el gobierno se había apropiado de Bolívar, o más bien lo había expropiado

El ías Pino Iturrieta

Del uso de la historia

Como es sabido, la historia no resulta un tema neutro en el debate político actual. Eric Hobsbawm, posiblemente el historiador más reconocido con vida de esta época, ha resaltado ese papel político de los historiadores y de la historia en la sociedad contemporánea. Para el autor, esto constituye una metamorfosis en su mirada, pues con anterioridad consideraba a los estudios históricos como políticamente inofensivos, pero asegura que al leer las claves de los nacionalismos y de algunas acciones terroristas que levantan sus banderas en Europa, haciendo referencia permanente al pasado, se ha dado cuenta que existe un imperativo llamado para los historiadores. “La historia es la materia prima de la que se nutren las ideologías nacionalistas, étnicas y fundamentalistas (...) El pasado es factor esencial –quizás el factor más esencial– de dichas ideologías” (Hobsbawm, 1998: 207). A su juicio, dicha realidad obliga a “cumplir su deber como historiadores”, y cabría ampliar tal demanda al conjunto de los académicos, en el sentido de tratar con responsabilidad los hechos históricos, y, lo más importante y retador, “(los historiadores) somos los encargados de criticar todo abuso que se haga de la historia desde una perspectiva política-ideológica” (Hobsbawm, 1998: 207-208).

Para Hobsbawm, “el pasado legitima” y por esa razón la mirada histórica forma parte esencial de los regímenes de corte nacionalista. Para estos, usualmente el caldo de cultivo es un presente que tiene muy poco que celebrar, y entonces se apela al pasado, que –siempre– proporciona un trasfondo más glorioso y heroico. En dicha tarea, de mirar nuevamente lo sucedido pero con el prisma de los fines políticos contemporáneos, el mito y la invención resultan fundamentales. En un mundo de incertidumbre e inestabilidad, se logra que un colectivo social se asuma diferente y mejor que los demás, sus ciudadanos imbuidos por alguna gracia divina. Y si el pasado no resulta tan glorioso, ni los próceres nacionales tan heroicos, finalmente no tiene importancia. Como dice este estudioso europeo, después de todo las ideologías que apelan al nacionalismo y el fundamentalismo “tienen el poder de decidir lo que se incluye o no en los libros de texto” (Hobsbawm, 1998: 208-209).

Centrándonos en el contexto de la Venezuela actual, es evidente que “a partir de 1999, la resemantización y el uso político del pasado y la historia venezolana se ha convertido en un tema nodal para la comprensión de la situación de recomposición política e ideológica que el país experimenta” (Navarrete, 2005: 129). La historia, como titula su artículo Navarrete,

está en la calle, y su presencia está íntimamente ligada a la batalla política actual. No debe obviarse, empero, que “en Venezuela apelar a la historia con fines políticos es una tradición arraigada (...) Mario Briceño Iragorry a mediados del siglo XX advertía que Bolívar estaba metido en todo porque Venezuela se busca a sí misma en el valor de las acciones de quienes forjaron la patria” (González Deluca, 2005: 163). El personaje histórico no es sólo héroe, no sólo se le pone una estatua y punto. Está cargado de emotividad: “En la devoción del pueblo por la figura de Bolívar, sentimiento profundamente arraigado en el alma de los venezolanos, se resumen todas las esperanzas reivindicativas que lo guiaron a enormes sacrificios durante la guerra emancipadora y que al final de la misma, y a través de toda su historia política independiente, ha visto frustradas” (Aguirre y Brito, 1983: 6).

Como tan claramente lo expresara Castro Leiva, la lucha por la independencia y la acción de Bolívar, se convierten en el principal referente histórico; elemento que cohesiona, amalgama y cobija a la sociedad venezolana. De tal forma que la historia patria se confunde con la historia y vida de Bolívar. Nuestro principal héroe pasa a ser la patria misma, y sobre los venezolanos pesa, profundamente, el parricidio cometido: Venezuela (madre) tiene a su padre (Bolívar) que muere sacrificado (mártir) por el desprecio o ingratitud de sus hijos (Castro Leiva, 2005). Reforzando tal observación, y tras analizar el contexto del bicentenario del natalicio, Jesús María Aguirre y Berta Brito coincidían en aseverar que “la figura de Bolívar es arquetípica en un doble sentido: se propone su imagen como tipo supremo de humanidad, prototipo ideal de venezolanidad, y también es símbolo primordial de Padre de la Patria, ya depositado en el psiquismo venezolano, funda nuestro ser e indica a nuestra vida imaginaria como sus hijos sus caminos particulares” (Aguirre y Brito, 1983: 8). Entonces, la adopción simbólica de Bolívar por parte del presidente Chávez, y su proyecto político, no es algo que haya sido de su particular invención. Al contrario, el jefe de Estado, formado en el mundo del ejército venezolano, cuerpo que ha bebido de la exaltación del mito bolivariano, es precisamente producto y no causa. A partir de un terreno abonado para el uso de la historia, como parte de la cultura política nacional, entonces sí comienza a cimentarse una apropiación con fines claramente político-ideológicos. Lo cual tampoco es nuevo: “El tema de la utilización del mito bolivariano rebasa el interés coyuntural del bicen-

tenario, para convertirse en uno de los ejes primordiales de la discusión sobre identidad nacional y los proyectos e ideologías políticas vigentes en el país” (Aguirre y Brito, 1983: 9).

El discurso presidencial nos remite con mucha frecuencia al período independentista. No podía ser de otro modo, es sobre éste que “se produce la exaltación del pasado en su forma más hiperbólica, obviamente vinculada con el período de conformación del Estado nacional”. Es sobre la gesta de independencia “que el presente construye su panteón de héroes, su saga de hazañas admirables, su compendio de virtudes nacionales, su glosario de moral y cívica” (Navarrete, 2005: 133). Si bien existen posiciones contrapuestas al respecto, podría decirse que veníamos de un período en el cual la historia no ocupaba lugar emblemático en el discurso político, con excepción –evidentemente– de las fechas patrias tradicionales. Hoy asistimos no sólo a la conmemoración de lo ya sabido, vuelto a contar por el presidente Chávez, sino que éste ha impulsado lo que podría ser un nuevo calendario de celebraciones patrióticas, rescatando y reinterpretando hechos y figuras del siglo XIX. Con la llegada del presidente Chávez al poder “comenzamos a presenciar una saturación de simbologías sobre el pasado, una batalla sobre la base de valoraciones históricas capaces de dar sentido a los proyectos políticos presentes” (Navarrete, 2005: 133).

En tanto, para algunos estudiosos existe una clara relación entre el uso de la historia como parte del discurso político y escenarios en los que se juzga “mayor la resistencia social o la necesidad de aprobación (...) podríamos decir que las épocas de alto nivel de tensión política tienden a ser también aquellas en que el discurso político echa mano con más frecuencia del referente histórico en apoyo de sus necesidades de persuasión” (González Deluca, 2005: 164). Para Elías Pino Iturrieta, ha habido tres personalidades de nuestra historia responsables de haber reforzado el culto a Bolívar: a) José Antonio Páez, quien en 1842 decide traer de vuelta los restos de Bolívar; b) Antonio Guzmán Blanco, quien en 1874 establece el Panteón Nacional en la antigua Iglesia de la Santísima Trinidad. Bolívar pasa a ocupar el lugar de su Divina Majestad. El mandatario busca establecer nexos entre el movimiento de la “Regeneración” y la gesta independentista de Bolívar. Se construye la Plaza Bolívar en 1874, y deposita ahí un ejemplar del Acta de Independencia y una medalla con el busto del prócer; c) Hugo Chávez, quien en 1999, a través de la creación de un nuevo texto constitucional, pro-

mueve el cambio de nombre a República Bolivariana de Venezuela (Pino Iturrieta, 2003: 27). Tampoco debe obviarse que en sus 27 años de gobierno personalista, Juan Vicente Gómez bebió del mito bolivariano a la par que lo alimentó.

Historia para las transformaciones de hoy

El discurso del cambio, de la transformación social, parece estar presente en todo proyecto político. Desde la llegada al poder del presidente Chávez en 1999, con un triunfo que precisamente resaltaba la necesidad del cambio, y teniendo como resultado la mayor transformación político-institucional en las últimas décadas, se ha enfatizado un discurso que presenta a la historia patria como fuente de inspiración del proceso actual. En la historiografía venezolana “los cambios históricos no siempre se plantean como resultado de una gestión institucional o colectiva. Históricamente, los fuertes protagonismos que han caracterizado la política venezolana inclinan la interpretación de los cambios históricos a resaltar la acción individual, a veces de manera absoluta” (González Deluca, 2005: 166-167). En tal sentido, no debe sorprendernos que desde 1999 se potencie la figura personal del presidente Chávez, y se entienda que en el actual proceso una persona tiene un peso determinante en los acontecimientos. Para que ello suceda, obviamente, debe estar presente como correlato una acelerado proceso de des-institucionalización, pero ello sería motivo de otro análisis.

Para la defensa de su proyecto político, y de las decisiones y transformaciones que de éste emanan, “el movimiento bolivariano traza sus fundamentos ideológicos a partir de un imaginario del pasado histórico, en el que caben los mitos heroicos y de redención que refuerzan las identificaciones, los demonios que simbolizan los elementos canchalescos y malignos del pasado y del presente” (González Deluca, 2005: 171). De tal forma, que en el discurso se presenta una lucha sin cuartel, de carácter histórica contra la oligarquía. Según el presidente Chávez, “la oligarquía es el demonio que sepultó en el baro las banderas de Bolívar, que ordenó su asesinato, que asesinó a Sucre, que expulsó a Simón Rodríguez y a Manuela Saenz, que traicionó el sueño de Bolívar, de Miranda, de Sucre, que luego asesinó a Zamora, que creció en la Venezuela traicionada hasta la década final del siglo XX” (González Deluca, 2005: 172). El mensaje

es claro, los oligarcas de ayer, que hundieron a Bolívar, acallaron un proyecto bolivariano durante más de un siglo, hasta 1999.

En esta redefinición histórica que hace el movimiento político del presidente Chávez, se asume “la heroicidad del siglo XIX con la heroicidad del siglo XX, enmarcado todo en la noción de sacrificio, de esfuerzo en ambas coyunturas de acción histórica”. Al insertar tal redefinición de nuestro pasado, en un discurso y una práctica política que precisamente habla de transformaciones profundas, “esta identificación se explica como un mecanismo que busca construir un nuevo elemento a través del cual se funde una forma de socialidad política que sustituya a las acciones que fueron implementadas durante la segunda mitad del siglo XX en Venezuela”, en ese contexto se tuvo “como institución base para el logro de la cohesión social al partido político y los líderes estructurados en torno a ellos” (Romero, 2005: 227).

En un discurso que de forma permanente exalta las virtudes del pueblo venezolano, puede parecer disonante adjudicar un excesivo protagonismo personal, que termine borrando el carácter colectivo que por ejemplo tiene una gesta de independencia nacional, como la que se desarrolló en el siglo XIX. “En la visión de la historia determinada por individualidades heroicas que adquieren categorías de mitos, el pueblo es el telón de fondo, es la fuerza inorgánica que sigue al caudillo, casi siempre militar, a quien reconoce como el intérprete y quien da forma a sus aspiraciones” (González Deluca, 2005: 172). El regreso al poder de un militar en Venezuela, con un fuerte acento personalista en su gestión, y con respaldo popular, puede ser una combinación contemporánea que se conecta simbólicamente con esa interpretación de lo que ha ocurrido en el pasado nacional.

Cabe recordar, que a mediados del siglo XIX en Venezuela, figuras importantes de la política y de la intelectualidad clamaban por la aparición del “salvador nacional”, que si bien no incidió en un desarrollo teórico significativo, terminó dando piso político a los gobiernos personalistas de fines del siglo XIX e inicios del XX (Plaza, 2001: 12). Esta figura, igualmente mitificada, para resolver la crisis y “refundar la república” debía tener “cualidades excepcionales: valentía, entereza, moral, capacidad para conducir al pueblo y un gran amor hacia éste: era capaz de morir por él” (Plaza, 2001: 12-13). Siglo y medio después de que se reclamaba tal figura en el país, el presidente Chávez parece cumplir con tales condiciones.

“

No sólo se usan lugares históricos para los actos oficiales, el presidente Chávez de forma muy exitosa ha reivindicado momentos históricos, batallas especialmente, y los ha insertado no sólo en términos de discurso, sino de táctica política en la actualidad

”

Para muchos de sus actos el presidente Chávez escoge lugares históricos o simbólicos. “El discurso trabaja en pocas palabras la articulación pasado-presente. Primero destaca el espacio físico común que vincula a los convocados con la gesta heroica del siglo XIX: por aquí pasaron los héroes, estamos en el mismo sitio” (González Deluca, 2005: 173); pero la conexión no se queda allí, estática. Debido a que la batalla política actual se conecta con la gesta nacional del pasado, “el segundo elemento de enlace tiene que ver con el significado del acto. Los héroes del siglo XIX no pudieron concretar el proyecto, fueron vencidos por la oligarquía. Pero llegó la hora, allí donde ellos fueron derrotados *nosotros no podemos fallar*” (González Deluca, 2005: 173). Al darle continuidad, en su proyecto de hoy, a lo que hicieron los héroes del siglo XIX, el presidente Chávez busca darle un piso de legitimidad. Legitimidad que resulta imprescindible cuando se tiene un partido político desdibujado, que le da poco o ningún sustento político-ideológico, y cuando el grueso de sus colaboradores más cercanos proviene de las Fuerzas Armadas Nacionales, institución que como ninguna otra ha exaltado tradicionalmente el mito de Bolívar, como padre de la patria.

Del mismo modo existe un evidente rédito político en todo este proceso, pues

que cuando el discurso presidencial plantea que “hay una continuidad histórica entre el ejército libertador del siglo XIX y este ejército del siglo XXI, se coloca en la misma estatura moral a los protagonistas de ambos procesos”. De esa forma, “el chavismo y quienes se estructuran alrededor de él, se colocan en la misma categoría de los denominados *padres fundadores*, aprovechando el manejo religioso” que pesa sobre el tema (Romero, 2005: 229), con una direccionalidad simbólica evidente.

No sólo se usan lugares históricos para los actos oficiales, el presidente Chávez de forma muy exitosa ha reivindicado momentos históricos, batallas especialmente, y los ha insertado no sólo en términos de discurso, sino de táctica política en la actualidad. “La estrategia de la campaña oficial para derrotar la solicitud de revocación del mandato presidencial (de agosto de 2004) se inspiró en una vuelta al pasado”. No al azar se le llamó Batalla de Santa Inés, pues en ésta “las fuerzas federales al mando de Ezequiel Zamora derrotaron al ejército constitucional al ser atraído a una emboscada”. El éxito parece repetirse, pues “los grupos de oposición (de la actualidad) fueron, efectivamente, atraídos a un campo de batalla electoral que apreciaron insuficientemente y resultaron derrotados” (González Deluca, 2005: 170-171).

Otro factor que sustenta y sirve de amalgama, entre pasado y presente, es la identificación del propio presidente Chávez como descendiente de un caudillo agrario, Maisanta. Para algunos historiadores, se trata de un “mito fabricado para hacer de este poco menos que desconocido, o casi olvidado, guerrillero uno de los símbolos tradicionales de la cultura agraria: el de la rebelión contra el orden establecido” (González Deluca, 2005: 173). La visibilidad de Maisanta se remonta a inicios de los 90, gracias a un trabajo periodístico. “El mito se construye con una doble sustentación. Por una parte, a través de este oscuro personaje se fomenta la debilitada leyenda del hombre de a caballo, del caudillo rural en rebeldía contra el poder central”. Por otra parte, al identificar al personaje desde sus primeros discursos como antepasado del jefe de Estado, éste “obtiene un beneficio personal, en la medida en que la reevaluación, aceptación y difusión del mito es asociado a su propia persona” (González Deluca, 2005: 173).

El altar bolivariano

Sin embargo, como ocurrió con otros gobiernos del pasado, que apelaron a la historia, Simón Bolívar es quien ocupa el lugar

central en el altar mayor de los héroes, y ello ha sido herencia también de una posición consagrada en las primeras elaboraciones historiográficas nacionales, como precisaba Germán Carrera Damas en 1988. Al ser Bolívar el símbolo y el mito nacional por excelencia, un liderazgo político que lo glorifique, “se apoya no en la valoración de su verdadera significación histórica sino en la exaltación del héroe con connotaciones religiosas”. Como expresáramos con anterioridad, tal tendencia no es nueva: “El bolivarianismo se construye en el siglo XIX como una religión política” (González Deluca, 2005: 173-174). En dicha reverencia, ante el mítico padre de la patria, “los conflictos raciales, étnicos, sociales, religiosos y morales se esfuman, ante las fanfarrias bélicas y los ecos ultraterrenos, entre los cuales emerge un Bolívar aureolado, impecable, sin amoríos, sin contradicciones de clase, sin conflictos con las jerarquías eclesiásticas, sin pugnas por el poder, en una palabra cuasi-divino, enfrentado en una lucha titánica contra el león hispánico” (Aguirre y Brito, 1983: 17).

Un factor decisivo en la construcción del mito bolivariano, y su afianzamiento en el imaginario colectivo, será la publicación para 1881 del libro “Venezuela Heroica” de Eduardo Blanco. Para Pino Iturrieta (2003), el autor narra las batallas de la independencia tratando de presentar a sus protagonistas como figuras de una estirpe de soldados excepcionales y gracias a su sacrificio se realiza una de las gestas más importantes de la historia universal. Una narración en clave mitológica de las batallas arroja consecuencias evidentes: se refuerza el culto vigoroso de los héroes. La iconografía beatífica de una religión política se fortalece con estatuas desgarradas y poses sublimes, mientras que campea la omisión de estadísticas de fallecidos, se omite la narración de los atropellos correlativos a las batallas y menos aún conocido, es el inventario de pérdidas económicas.

En los días que corren, sin embargo, hay variaciones sustanciales en la relación con el mito. Un ejemplo lo tenemos en la silla vacía, que se le dejaba a Bolívar, en las sesiones del Consejo de Ministros, como comentara el propio presidente Chávez en los años iniciales de su gobierno. La alteración es por un lado simbólica: al tenerlo presente al menos espiritualmente, se contradice la sacralización y distancia que imponía ésta en el pasado; es igualmente una alteración ideológica, pues la figura deja de cobijar al conjunto de ciudadanos de la república, para estar al lado exclusivamente de quienes comparten el proyecto político del jefe de Estado. Bolívar

“

En los días que corren, sin embargo, hay variaciones sustanciales en la relación con el mito. Un ejemplo lo tenemos en la silla vacía, que se le dejaba a Bolívar, en las sesiones del Consejo de Ministros, como comentara el propio presidente Chávez en los años iniciales de su gobierno

”

es “aprovechado para la construcción de la ideología oficial del movimiento bolivariano”, se rompe con algunas características beatíficas de la tradición del siglo XIX y se le presenta “como el líder revolucionario de un proyecto contrario a la oligarquía que lo traicionó, igual que la oligarquía que en nuestros días se declara contraria al proyecto revolucionario de gobierno” (González Deluca, 2005: 174).

Tal asociación, que se resume en la idea de que luchamos hoy contra la oligarquía que traicionó a Bolívar, se ve un regreso al hilo conductor de la vida nacional. “Con el gobierno bolivariano de Chávez, la historia, interrumpida en 1830, se reanuda en 1999”. Las transformaciones político-institucionales se rebautizan “bolivarianas”, se cambia el nombre de la nación y el gentilicio, todo conduce al reforzamiento de un mensaje identificador, de carácter ideológico: “todo opositor al movimiento bolivariano, es al mismo tiempo enemigo de Bolívar y por tanto antibolivariano, es decir antivenezolano” (González Deluca, 2005: 175). Bajo una intencional óptica de relatar y reconceptualizar la historia nacional, que sirve de telón de fondo para la epopeya en construcción, el presidente Chávez simboliza la continuación histórica, “retoma los proyectos que Bolívar no pudo desarrollar (...) La filiación de sus proyectos en las ideas

de Bolívar, y sobre todo en aquellas que se representan vencidas por los obstáculos de la época, se repite sin reservas entre anacronismos e inexactitudes” (González Deluca, 2005: 178).

Maritza Montero, hace ya dos décadas, dejaba en claro estos últimos aspectos en los cuales el discurso del movimiento bolivariano actual parece reproducir esa manera de ver la historia. En tanto, que al apelar a tales apreciaciones, compartidas socialmente, también se descarta el valor —más allá de sus evidentes errores— del sistema político instaurado en 1958 en la constitución de una nación democrática. Se está ante “la añoranza de un pasado fijo en la gesta emancipadora, y por el culto, rayano en lo religioso, de sus héroes, mientras que (...) se desconoce la acción transformadora (reciente), y junto con ello, se ignora la realidad de la Venezuela contemporánea, sobre la cual *no se tiene conciencia*” (Montero, 1991: 87).

De forma resumida, la historia patria parece circunscribirse a sólo tres hechos durante el siglo XIX, que le dan explicación no sólo a pasado, sino a presente y también a futuro. “El símbolo del árbol de las tres raíces, la raíz robinsoniana, la raíz bolivariana y la raíz zamorana, es un constructo que engloba al proyecto político”, con esta formulación se persigue, como hemos dicho “legitimidad y cohesión ideológica”, y lo más preocupante es que “bajo esa fachada, la historia, convertida en ideología, se resume a partir de las grandes coyunturas de conflicto del siglo XIX: la independencia, la ruptura de la Gran Colombia y la Guerra Federal” (González Deluca, 2005: 181). No es casual ante esta reconfiguración de lo histórico y su uso en el contexto político de confrontación y polarización política, que algunos historiadores perciben que “la redefinición de los hitos en la historia de Venezuela es parte de una reformulación de la política, a través de la cual se plantea la utilización de la memoria cultural del venezolano para producir una resocialización integradora de un sentimiento nacionalista” (Romero, 2005: 226).

Tal estrategia no opera en el vacío. Al recordar lo que le movió a escribir “El divino Bolívar”, Pino Iturrieta observó una cierta patología, diríamos de carácter psicosocial. Las motivaciones profundas del venezolano traspasan el fenómeno Hugo Chávez, esto lo que ha hecho es capitalizar la hipertrofia del mito. “Al observarlo me di cuenta de que el fenómeno no era algo inventado por Chávez, porque desde hace mucho tiempo hemos hecho una basílica y metido allí al mito”, para el historiador con

la llegada de Chávez al poder y su particular uso de la historia patria, los venezolanos “estábamos participando de una guerra de símbolos; que ya el gobierno se había apropiado de Bolívar, o más bien lo había expropiado” (De la Nuez, 2004: 74).

Ha sido notoria una estrategia gubernamental en distintas épocas, también en la actualidad, que tiene raíces ya en el siglo XIX, por endiosar a Bolívar. Empero, Pino Iturrieta le da la vuelta al fenómeno para encontrar no sólo intencionalidad política. “En el libro (El Divino Bolívar) quizás el único planteamiento novedoso sea el siguiente: siempre se atribuyó el culto a la manipulación política; sin embargo encontré papeles que demuestran que fue el propio pueblo venezolano, a partir de 1832, el que resolvió sacar a Bolívar en procesión” (De la Nuez, 2004: 74).

A modo de conclusión

Nadie podría poner en duda que desde su llegada al poder el presidente Hugo Chávez, en febrero de 1999, estamos enfrascados en una inédita batalla política. Para algunos, el proceso que se inició entonces es consecuencia, mientras que es causa para otros. Depende, obviamente, del cristal con el que se mire, pero sin duda los procesos políticos se conectan, no surgen de la nada y en tal sentido el tema histórico está fuertemente presente, en todo debate.

Más presente parece estarlo hoy, momento en el cual se apuesta a reeditar desde el poder, y al menos en el discurso, la gesta independentista del siglo XIX.

Posiblemente, en Venezuela el otro momento reciente en el cual se habló tanto de Bolívar y de la gesta independentista fue a propósito del bicentenario del natalicio del Libertador, en 1983. En otros momentos, y en los últimos años antes de 1999, el tema histórico nacional ciertamente no estuvo muy presente en el discurso político, salvo en los actos ante el Panteón Nacional. Con el ascenso de Hugo Chávez al poder, el tema histórico no sólo regresa para hacerse presente de forma cotidiana en el discurso, sino que se inserta en la lucha político-simbólica. La reinterpretación histórica que está presente en el discurso presidencial, por un lado conecta al actual proceso con la gesta independentista del siglo XIX, y por tanto, cualquier oposición a dicho proyecto termina etiquetada literalmente de antipatriótica.

Como con muchos otros temas, está presente una reducción del complejo entramado, de lo que realmente sucedió en

nuestra historia nacional, para que todo termine sometido a maniqueísmos con fuerte carga simbólica: buenos y malos, patriotas y oligarcas, traicionados y traidores. Esto genera evidentes conectores emotivos, muy útiles para comunicarse con una audiencia masiva que desconoce trama y trasfondo de la historia venezolana.

El relato histórico tradicional de Venezuela ha enfatizado, a veces de forma absoluta, una visión de la acción individual para entender los procesos de cambio. El discurso presidencial parece beber de esta tradición, pues con frecuencia se escuchan los nombres de héroes como Bolívar, Miranda o Sucre, o de más reciente data, Zamora. El hilo conductor de la historia parece explicarse gracias a la gesta individual de estos hombres, mientras que el papel del pueblo, en dicha versión, aparece francamente desdibujado, difuso. Si la visión desde el poder es tal, de inclinarse a resaltar la acción individual en los cambios históricos, entonces no debe extrañar que desde 1999 se haga presente de nuevo, en nuestro sistema político, una renovada versión del protagonismo individual, que encarna el presidente Chávez.

El uso político de la historia, con su carga simbólica y emotiva, está presente no sólo en el discurso presidencial, sino que forma parte de estrategias claras. No es nada casual que se haya escogido el título de “Batalla de Santa Inés” para la campaña oficial por el revocatorio. Mientras que de forma recurrente el presidente Chávez escoge lugares históricos para sus actos públicos. Con ello se logra una conexión bastante llana entre pasado y presente, pues los protagonistas de la batalla política actual (que es también contra la oligarquía, como fue la de Bolívar), pisan el mismo suelo que los grandes héroes que no pudieron terminar su gesta, y que ahora (el presidente Chávez y quienes le apoyan) toman el testigo para continuar con la proeza. Podríamos decir que se busca un *empoderamiento* histórico-simbólico.

Como colofón, tal batalla por el uso de la historia no ocurre en la nada. Es conocido por todos que Bolívar está en el primer escalón de los héroes venezolanos. Su culto, como detectaron diversos estudiosos en el pasado, dio paso a lo que se terminó llamando bolivarianismo, religión política en el siglo XIX. Adoración no sólo promovida desde el poder, sino convertida en creencia compartida de muchos. Proyecto y discurso del presidente Chávez se alimentan de ese culto a Bolívar, y a través de éste logran otra conexión intangible con el pueblo. Como bien lo expresara el histo-

riador Elías Pino Iturrieta, a propósito de su libro “El Divino Bolívar”, la sociedad venezolana tiene una cierta patología en la relación con el “padre de la patria”. Las motivaciones profundas del venezolano traspasan el fenómeno Hugo Chávez, y éste lo que ha hecho es capitalizar el mito. Para Pino Iturrieta, “evidentemente el problema no es Chávez, sino una sociedad que mira hacia los mismos lugares de salvación a los que siempre ha recurrido”.

■ **Andrés Cañizález es investigador en la Universidad Católica Andrés Bello y director de la Revista Comunicación**

Referencias

- Aguirre, Jesús María y Brito, Berta (1983): “El mito de Bolívar y su función política”. En *Comunicación*. N° 41-42 (abril), pp. 6-22. Centro Gumilla, Caracas.
- Carrera Damas, Germán (1988): “El caso Venezuela”. En *Usos y abusos de la historia en la teoría y en la práctica política*. Pp 75-105. IDEA, Caracas.
- Castro Leiva, Luis (2005): *Obras. Volumen 1: Para pensar a Bolívar*. Fundación Polar-UCAB, Caracas.
- De la Nuez, Sebastián (2004): “Los padres del pueblo, después del gran parricidio” (Hablemos con Elías Pino Iturrieta). En *Comunicación*. N° 127 (tercer trimestre), pp. 74-79. Centro Gumilla, Caracas.
- González Deluca, María Elena (2005): “Historia, usos, mitos, demonios y magia revolucionaria”. En *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. Vol. 11, N° 2 (mayo-agosto), pp. 159-186. Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Montero, Maritza (1991): *Ideología, alineación e identidad nacional*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Navarrete, Rodrigo (2005): “¿El pasado está en la calle?”. En *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. Vol. 11, N° 2 (mayo-agosto), pp. 127-140. Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Pino Iturrieta, Elías (2003): *Divino Bolívar. Ensayo sobre un religión republicana*. Los Libros de la Catarata, Madrid.
- Plaza, Elena (2001): “La idea del gobernante fuerte en la historia de Venezuela (1819-1999)”. En *Politeia*. N° 27. pp. 7-23. Instituto de Estudios Políticos. Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Romero, Juan Eduardo (2005): “Usos e interpretaciones de la historia de Venezuela en el pensamiento de Hugo Chávez”. En *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. Vol. 11, N° 2 (mayo-agosto), pp. 211-235. Universidad Central de Venezuela, Caracas.